

Pues en tí pierdo el sol hoy,
Sin tu sol no he de vivir;
Sultana, á Córdoba voy,
Que en las tinieblas que estoy
Presto, á fé, que he de morir.
Ha prometido Mahoma
Un paraíso, una huri . . .
Tú habrás de ser ángel, sí,
En esa region de aroma,
Y hemos de amarnos allí.

ROMANCE.

La noche no tiene ruido;
En la sombra no hay color;
No hay en los viejos cuidado,
Las dueñas no tienen voz;
Pero cuando todos duermen,
Estamos velando dos;
Ella en la reja sentada,
Y al pié de la reja yo.

Mis ojos no ven sus ojos,
No ven su tez trasparente,
No ven su rosada frente,
Ni su sonrisa de amor:
No ven el rubor de virgen
Que sus mejillas colora;
Tiene quince años ahora . . .
Las niñas tienen rubor.

No ven mis ojos avaros
Su casi desnuda espalda,
Ni entre la revuelta falda
Asomado el blanco pié:
Como en la orilla de un rio,
Rompiendo la inquieta espuma,
Tender la flotante pluma
Nevado un cisne se ve.

Ni en su garganta y sus hombros
El alto pecho imagino,
Ni por su rostro adivino
Del corazon la inquietud;
Y tiene la áspera reja,
Centinela desvelado,
Delante el amor osado,
Detrás la frágil virtud.

¡Mas pese á la densa reja,
Pese á la noche sombría,
Yo tengo ¡paloma mia!
El alma bañada en tí!
Tengo mis labios de fuego
Sobre tus labios de rosa,
Y en tu pecho late, hermosa,
Un corazon para mí.

¡Adios! que por el oriente
La luz importuna sube,
Y envuelto en húmeda nube
Las tinieblas rasga el sol;
Y para una niña en vela,
Y el galan que la enamora,
Mucha luz tiene la aurora
En el brillante arrebol.

Vierta el alba en su sonrisa
Su armonía y su color,
Y se columpia la brisa
En el cáliz de la flor;
De rosa, lirio y claveles,
Robando el fragante olor,
Cuelga en los anchos laureles
Gemido murmurador.

Y gime la fresca fuente
Bajo el manto de cristal,
Y gime lánguidamente
La tórtola angelical;
Y enamorada paloma
Bebe la luz matinal,
Meciendo el aura de aroma
Con arrullo desigual.

En tanto el noble mancebo
El ancho jardin cruzó,
Murmurando por lo bajo
Enamorada cancion:
—“Oh! vuelve, noche, sin ruido,
“Con tu sombra sin color,
“Con tus viejos sin cuidado,
“Y con tus dueñas sin voz;
“Porque, cuando todos duerman,
“Volvamos á velar dos;
“*Ella* en la reja sentada,
“Y al pié de la reja yo.”—

A UN TORREON.

Gigante sombrío, baldon de Castilla,
Castillo sin torres, ni almenas, ni puente,
Por cuyos salones en vez de tu gente
Reptiles arrastran su piel amarilla.
Dime ¿que se hicieron tus nobles señores,
Tus ricos tapices de sedas y flores,
Tu gente de guerra, tus cien trovadores
Que alzaron ufanos triunfante cancion?
Tú estás en el valle cadáver podrido,
Guerrero humillado que el tiempo ha rendido:
Tu historia y tu nombre yaciendo en olvido
El mundo no sabe que existe *Muñon*.

Tus pardas ruinas me son de tormento,
Con negros recuerdos corroen mi alma . . .
¡Tú estás en mi mente, maldecida palma
Quemada del rayo, batida del viento!
Yo errante poeta, proscrito en el mundo,
Tal vez en el polvo de féretro inmundo,
Sin nombre, sin gloria, para siempre hundo
Mi frente abrasada de inútil sudor;
¡Por tí, resto infame, fantasma de duelo,
Morada maldita de un ángel del cielo
Que amé y me robaron . . .! ¡maldito tu suelo!
Maldito tu nombre . . . maldito mi amor,

Quédate, sí, en esa altura,
A la vergüenza del llano,
Castillo sin castellano,
Matrona sin hermosura.

De tí el tiempo se rió,
Tus torres se derribaron,
Tus vasallos te ultrajaron,
Tu señor te abandonó.

Quédate, negro esqueleto,
De fértil vega mancilla,
A esa ermita de Castilla
Sin sacerdote sujeto.

Sin pendones que ondear,
Sin blasones á la entrada,
Tu bóveda agujereada
No has podido sustentar.

Sin un eco en los salones,
Sin un soldado en el muro,
Hoy crece el arbusto impuro
Al pié de tus torreones.

Señor muerto en tierra ajena,
Olvidado de tu gente,
A pedazos de tu frente
Roba el viento tu melena.

Y pasa á tus piés el hombre
Sin buscarte en su memoria,
Porque no leyó tu historia,
Ni se acuerda de tu nombre.

Tú tienes uno, que en aciago dia
En tu gastada piedra escribí yo,
Y el nombre de otro y la vergüenza mia

Con la tuya quedó.
Cuando mi labio le nombró, mentia;
Cuando mi mano le grabó, mintió;
Hoy . . . ya no existe; en su carrera impía
El tiempo le arrastró.

Y ese nombre celestial
Que el tiempo devoró al fin,
Una muger por mi mal
Le arrebató á un serafin,
El huracan de la vida
Solo dejó, ¡oh mi querida!
Para mi eterno tormento,
En prenda de maldicion,
Tu nombre en mi pensamiento,
Tu amor en mi corazon.

LA NOCHE DE INVIERNO.

A D. GENARO VILLAMIL.

Pintor, el viento se estrella
Bramando en esta ventana;
En pos de su airada huella
La lluvia y la noche van;
Prepara lienzo y pinceles,
Yo escribiré tu pintura,
Y conquistemos laureles
Al través del huracan.

Agua las nubes abortan;
Se ve la lumbre amarilla
De las centellas, que cortan
Nubes y lluvia al caer;

Se oyen girar las veletas
Sobre la gigante torre,
Y las pizarras sujetas
Agua y viento repeler.

Se ven oscilar sus lienzos,
Del crudo viento impelidos,
Que por los vidrios hendidos
Penetra inquieto hasta aquí.
Esos retratos colgados,
Que unos con otros se chocan,
Son escudos conquistados
Y blasones para tí.

Oyese el son temeroso
De campanas que rompiendo
De los hombres el reposo,
Conjuran la tempestad;
Se oye en la calle azorado,
De alguno que huye la lluvia,
El paso precipitado
Cruzando en la oscuridad.

Encendamos una hoguera
Cuya roja llama alumbre
Esos rostros en hilera
Colgados en la pared:
Que, mecidos por el viento
Y animados por la llama,
Nos darán un pensamiento
Y una corona tal vez.

Tú tienes dentro la mente
Galerías, catedrales,
Todo el lujo del oriente
Todo un mundo que pintar:
Tú tienes en tus pinceles
Derruidos monasterios,
Con aéreos botareles
Y afligridado altar.
Tienes torres con campanas
Y transparentes labores,
Castillos con castellanias
Que aguardan á su señor;
Y bóvedas horadadas,
Y silenciosas capillas,
Donde en marmóreas almohadas
Yace el muerto fundador.

Y antiquísimas ciudades
Que, por el tiempo roidas,
Cuentan al tiempo verdades
Que él se desdeña escuchar:
Tienes en el valle fuentes,
Peñascos en la montaña,
Y en los peñascos torrentes
Que se arrastran á la mar.

Tienes en los mares islas,
Con ciudades y jardines,
Y en los jardines festines,
Y en los festines placer . . .
Prepara lienzo y pinceles;
Y deja que el viento brame
Y la lluvia se derrame,
Y estalle el rayo al caer.

A inspirarnos han venido
La noche con sus tinieblas,
El rayo con su estampido,

La lluvia con su rumor:
Tú pintarás lo que sientas;
Yo escribiré lo que siento
En el empuje violento
Del huracán bramador.

Yo escribiré cómo muge
El vendabal en tus torres,
Cómo entre las jarcias cruje
Del buque que va á anegar:
Cómo zumba en las almenas
Con que ciñes tus castillos,
Cómo silba en las cadenas
Que el puente han de sujetar.

Escribiré cómo imita
La humana voz en las rocas,
Y como el milano grita,
Y ruge como el león,
Silba como la serpiente,
Sorbe como la lechuga,
La voz de un incendio miente
Al cruzar un torreón.

Miente el graznido de cuervo,
Brama como el ronco toro,
Remeda el distante lloro
De una garganta infantil;
Y azotando los cristales,
Finge el fantástico vuelo
De espíritus infernales
Que pasan de mil en mil.

E imita el rumor confuso
De clarines y de aceros,
De carros y caballeros
Que van marchando detrás,
Y de un lejano combate
Los alarmantes clamores,
Y el ruido de los tambores
Que redoblan á compás,

Tú pintarás la montaña
Entre la niebla sombría,
Pintarás la lluvia fría
Derramada desde allí;
Los alcázares morunos,
Los pilares bizantinos,
Monumentos peregrinos
Embellecidos por tí.

Pintarás los gabinetes
Cincelados de la Alhambra,
Y el humo de los pebetes
Y las bellas del haren.
Tú pintarás las memorias
Que nos quedan por fortuna,
Yo escribiré las historias
Que vida á tus cuadros den.

Te diré el blando murmullo
De las aguas destrenzadas,
Y el melancólico arrullo
De la tórtola que amó;
Te diré cómo se mecen
Las flores sobre los tallos,
Cómo nacen, cómo crecen,
Cómo el sol las agostó.

Tú nos pintarás al hombre
Con su choza ó su palacio,

Y yo te diré su nombre,
Y lo que en el mundo fué:
Tú al mundo darás colores,
Yo le daré lengua y vida;
Tú pintarás los amores,
Y yo te los cantaré.

¡Pintor! que la noche ruede
Con el ronco torbellino,
Que envuelta en tormentas quede
La desvelada ciudad:
Nosotros lejos del mundo
Otro mundo gozaremos,
De la hoguera que encendemos
A la roja claridad.

Calderon, Murillo, Ercilla,
Colgados por las paredes
Con su estoque y su golilla,
Forman nuestro mundo aquí.
Ahí están Lope, Cervantes,
Vinci, Rivera, el Ticiano.
Con tintas para tu mano,
E inspiracion para mí.

Prepara lienzo y pinceles,
Desplega tu fantasía;
Cuando nos sorprenda el día
Que alumbra una creacion.
Pintor, ese torbellino
Ha venido á visitarnos:
En él nos trajo el destino
La violenta inspiracion.

RECUERDOS DE TOLEDO.

LA CATEDRAL.

INTRODUCCION.

Ese monton de piedras hacinadas,
Morenas con el sol que se desploma,
Monstruo negro de escamas erizadas
Que alienta luz y música y aroma;

A quien un pueblo inválido rodea
Con pies de religion, frente de miedo,
Que tan noble lugar mancha y afea,
Es catedral de lo que fué Toledo.

Pálida y triste, pobre y abatida
Llora el favor de los hundidos años;
Reina sin corte, anciana y desvalida,
Por sus hijos robada y los extraños.

Por vestir el espectro de su nada
Hoy convoca sus hijos á las fiestas,
Celebrando su mal, desesperada,
Con campanas, con órganos y orquestas.

Gigante que muriendo en la llanura
A manos de contrario mas valiente,
Con voz tremenda su venganza jura,
Y fuerza y vida en sus palabras miente.

Una tribu elegante y voluptuosa
De otro país de fuentes y de flores,

Los cimientos fundó donde reposa,
Para otro Dios de guerras y de amores.
Y un rey, ó mas piadoso ó mas prudente,
Cambióla en templo por sellar su gloria;
Y tal vez dijo al Dios omnipotente:
Tuyo es el nombre, mia la memoria.

Quedóse al fin en templo consagrado
Del sumo Dios bajo el escelso nombre,
Para ser á los tiempos revelado
Como página histórica de un hombre.
Mas apilando el tiempo los despojos
De los mismos valientes que la hicieron,
Vasto sepulcro levantó á sus ojos
Donde un palacio levantar creyeron.

Y hoy al caer del templo la grandeza
Muestra el coloso, al espirar su imperio,
Que ha cobijado su mortal corteza
Templo, historia, palacio y cementerio.

I.

Con ceño sombrío mira
El Tajo que á sus piés corre,
Y al despecho que la inspira
Con las gargantas suspira
De sus campanas la torre.

Que tiene para consuelo
En su abatimiento y mengua,
La frente cerca del cielo,
Y para hablar con el suelo
Trece campanas por lengua.

Con tan gigante armonia
Todo su cuerpo estremece,
Y al oír se creeria
Que crece así su alegría
Cuando su estrépito crece.

A ese clamor tan violento,
Incapaz de tanto ruido,
Vibra fatigado el viento,
Dejando el confuso acento
Por la atmósfera perdido.

Que en su canto desigual
Hay música tan liviana,
Que en su murmullo infernal
Canta y llora y ríe insana
Con sus lenguas de metal.

Que ellas progonando van
Lo que sus clamores son,
Que á veces tristes están
Pidiendo por los que van
A eterna condenacion.

Y en su clamor muestran bien
Otras el alegre fin,
Pues revoltosas se ven
Cual si colgadas están
Por heraldos de un festin.

Otras en su inquieto afán
Ruedan y vibran, segun
Con los clamores que dan
Al mundo anunciando están
Placer ó luto común.

Y en vez de agudo esquilon,
De la tarde anuncia el fin

El doblar de la oracion,
Que apaga su ronco són
Del horizonte al confin.

A su movimiento enorme
Rueda en el cóncavo hueco
De la bóveda, el informe
Postrer quejido del eco
Con vibracion uniforme.

A su paso estremecidas
Oscilan allá en las sombras
Las lámparas suspendidas,
Dibujando en las alfombras
Sombras y luz confundidas.

Cobra entonces movimiento
Todo el templo y se estremece,
Cual fantasma de un momento
Que alza el rostro macilento
Y al punto se desvanece.

Van luego dejando ver
Los vacilantes reflejos,
Las sombras al repeler,
Los objetos á lo lejos
Sus formas desenvolver.

Se van mostrando despacio
Las verjas de oro amarillas,
Canceles de aquel palacio
Que dividen el espacio
De la nave y las capillas.

Se ven en turbios colores
Detras de los altos hierros,
Entre marmóreas labores
Cumpliendo así sus destierros
Dormidos los fundadores.

Se ven al rayar el día
En los pintados cristales,
Cómo luchan á porfia
La claridad que lucia,
Y los rayos matinales.

Entonces el sol brillante
Que á las ventanas asoma,
Su fogosa luz gigante
En la llama agonizante
De las lámparas desploma.

Dejan torre y capitel,
Y entran por los rosetones
Las sombras huyendo del,
Plegándose en los rincones
En fantástico tropel.

La luz del templo señora,
Por el templo derramada,
Saluda al Dios que ella adora
Por las losas prosternada
Ante el ara que colora.

Ciñe la bóveda, avara,
Y en los robustos pilares
Se quiebra picante y clara,
Y bulliciosa se ampara
Del oro de los altares.

Que jóven, y rica y bella,
En la riqueza se posa,
Y en los diamantes destella,
Y en la joya mas vistosa
Para competir con ella.

Porque el astro rey la envia
A que sus galas ostente,
Y en la bóveda sombría
Vierta la lumbre del día
Revoltosa y trasparente.

II.

Se oyen despues los pasos mesurados
Del sacerdote, y la crujiendo seda
Del manto que, los lienzos desplegados,
Por el sonoro pavimento rueda:

Cual si al cruzar se oyera el vago aliento
Con que á cumplir con su mision le incitan,
Soplado bajo el mudo pavimento
Las osamentas que á sus piés dormitan.

Se coronan de antorchas los altares,
Se sienten rechinar las verjas de oro,
Se escuchan los católicos cantares
Vibrar sublimes desde el hondo coro.

Se ve el pueblo llegar y reverente
Postrarse humilde, y bendecir la vida,
Y alzar del suelo la humillada frente,
De la luz de los ángeles ceñida.

Y se alza del altar la voz tremenda
Que las palabras del Señor repite,
Cantadas porque el pueblo las comprenda,
Solemnes porque el pueblo las medite.

Y el órgano despliega rebramando
La voz robusta de las trompas de oro,
Como por la cascada caen rodando
Aguas y espumas en tropel sonoro.

Y en los aires á torrentes
Vierte la música santa
Por la céntuple garganta
De los tubos de metal:
Y en sus cánticos remeda,
Con el prolongado acento,
El ronco bramar del viento
O el crujir del vendabal.

O finje en són temeroso
La aguda lengüetería
La disorde gritería
Del infierno en rebelion;
O con lamento apagado
Canta al justo moribundo
Saliendo alegre del mundo,
Sin ira en el corazón.

Canta el placer de la esposa
Que inquieta al esposo aguarda,

Canta al esposo que tarda
A sus puertas en llamar.
O entonando del profeta
La sacrosanta salmodia,
Sublimemente parodia
El fuego de su cantar.

Y llora con Jeremías,
Y entona en arpa de flores
Los voluptuosos amores
Del sabio rey Salomon;
Canta los cedros del Líbano,
La castidad de Susana,
Y Jezabel la profana,
Y el vigoroso Sanson.

O en tonos mas desmayados
La postrera despedida
Que dió á la penosa vida
El Hacedor de la luz;
O mas lánguido remeda
Las lágrimas de María,
Cuando en el terrible día
Lloraba al pié de la cruz.

Mas pasan las santas horas
Y cesa la voz que canta,
Y el pueblo que se levanta
Murmura á su vez tambien:
Se oye el rumor de sus pasos
Que por las naves se alejan,
Y las capillas que dejan
Abandonadas se ven.

Apenas un sacerdote
Que sordas preces murmura,
Cruza con planta insegura
Por delante de un altar.
Se oyen correr los cerrojos
Y las cortinas de seda,
Y hacinadas en manojos
Se oyen las llaves chocar.

No queda en el santo templo
Mas que el ambiente de aroma,
La luz del sol que se asoma
Por el pintado cristal;
Las tumbas de las capillas
Y los pálidos rofejos
De lámparas que á lo lejos
Penden de un arco ojival.

Pasa el sol, viene la tarde,
Y el día desaparece,
Y la negra sombra erece,
Y su imperio vuelve á ser.
Se estrella por fuera el viento
En la calada ventana,
Y lo que *ayer* fué *mañana*,
Mañana se dice: *ayer*.

SEGUNDA PARTE.

A MIS AMIGOS

DON JUAN DONOSO CORTES

DON NICOMEDES PASTOR DIAZ.

Quando publiqué el tomo primero de mis poesías cediendo á vuestras instancias, no fué otro mi intento que el de reunir en una coleccion los versos que tal vez no habian desagradado al público. Escritos estos en diferentes épocas de mi vida, y en diversas circunstancias, cada composicion se resiente de las que la pertenecen. El triste se querella, y el alegre canta; uno gime desesperado, y otro ríe á carcajadas, y esto es muy natural; de aquí los distintos géneros de mis versos. Tuve, como todos los hombres, momentos de placer y horas de amargura; en estas lloraba, y en aquellos reía; por consiguiente, el conjunto de mis primeros ensayos no pudieron tener mas objeto que el de trasladar al papel las inspiraciones del corazón.

Al publicar el segundo, he tenido presentes dos cosas: la patria en que nací, y la religion en que vivo. Español, he buscado en nuestro suelo mis inspiraciones. Cristiano, he creído que mi religion encierra mas poesía que el paganismo. Español, tengo á mengua cantar himnos á Hércules, á Leonidas, á Horacio Coeles y á Julio César, y abandonar en el polvo del olvido al Cid y á Don Pedro Ansurez, á Hernán Cortés y García de Paredes. Cristiano, creo que vale mas nuestra María llorando, nuestra severa semana santa, y las suntuosas ceremonias de nuestros templos, que la impúdica Venus, las nauseabundas fiestas Lupercales, y los vergonzosos sacrificios de Baco y de Pluton. Español, hallo cuando menos mezquino y ridículo buscar héroes en tierras remotas, en menoscabo de los de nuestra patria; y cristiano, tengo por criminal olvidar nuestras creencias, por las de otra religion contra cuyos errores protestamos á cada paso.

En cuanto al género de mis versos, aprovecho el momento de la inspiracion, sin curarme de las formas con que los atavio, y sin seguir mas escuela

que mi propio capricho. Convengo en que esto puede ser muy perjudicial; pero yo pienso así, y cada cual tiene derecho á pensar lo que mas le plazca, en tanto que no piense mas de lo que le toca.

Y ahora, amigos míos, me queda una sola cosa que deciros, y es: que como es muy probable que los poetas no poseamos nunca mas que nuestros versos, os dedico los míos, porque no me ocurre otra cosa que poderos ofrecer; y (por via de paréntesis) me llamo poeta, no porque yo me tenga presuntamente por tal, sino porque he escrito estas poesías.

Leedlas, si no os cansan, y acordaos siempre de vuestro amigo

JOSE ZORRILLA.

Madrid, 15 de Junio de 1838.

EL DIA SIN SOL.

INTRODUCCION.

Dies in a dies illa
Solvat seclum in favilla (1)

Hizo al hombre de Dios la propia mano,
Que tanto para hacerle fué preciso:
Hízole de la tierra soberano,
Y le dió por palacio el paraíso.—

Agil de miembros, la cerviz erguida
Orlada de flotante caballera,
Los claros ojos respirando vida,
Luenga la barba, y con la voz severa.

Hechos para el deleite sus sentidos,
Vieron los ojos luz, gustó la boca,
Olió el olfato, oyeron los oídos . . .
Todo es placer cuanto pasando toca.

La yerba perfumada en la colina,
Dióle un lecho do yace blandamente,

(1) La paráfrasis del *Dies iræ* está espresamente escrita para Don Nicomedes Pastor Diaz, cuyo primer pensamiento le debe el autor.